

¿PARA QUÉ
SIRVEN LAS MONJAS?

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

presbítero,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

70 cénts. de real el ejemplar.

BARCELONA.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, bajos.

1877.



¿PARA QUÉ SIRVEN LAS MONJAS?

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

presbítero,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

Con aprobacion eclesiástica.



BARCELONA.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, bajos.

1877.

*H. per D. J. de Vargas. - 15 Marzo
1880*

Es propiedad.

INTRODUCCION



Ocurrióme á mí , neo y ultramontano y oscurantista que soy hasta los tuétanos , echarles á mis buenos lectores hace apenas un año unos cuantos párrafos sobre los frailes , y sé de buena tinta que les hizo gracia á todos la ocurrencia. ¿ Cómo no? ¿ Qué asunto pudiera serles más simpático á los verdaderos católicos y buenos españoles que ese en que han desplegado tal lujo de saña , de mentira y de impiedad nuestros eternos enemigos?

Pues bien. Idéntico motivo me induce á echar hoy algunos más sobre la sencilla pregunta que he puesto al frente de este opúsculo.

La Revolucion, que tan hostil se ha mostrado en todos tiempos á los institutos religiosos de varones, no ha mirado con menos prevencion y rencor á los de mujeres, motivo por el cual la monja es á sus ojos tipo poco menos odioso que el aborrecido fraile. Es verdad que no se ha desplegado contra las femeniles tocas el mismo aparato de guerra, no se las ha pintado á las angelicales heroínas de la caridad y de la pureza como conspira-

MONJAS.

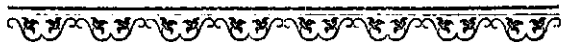
2

doras contra el orden público, ni se las ha puesto en escena como mónstruos enemigos del género humano; pero en cambio... ¡qué de cosas no se han dicho sobre la ociosidad de los claustros, sobre la tortura de los votos perpétuos, sobre lo sombrío y tétrico de aquella sepultura de vivos que se llama convento, sobre hijas robadas con astutas maquinaciones al cariño de sus padres, sobre perjuicios causados á la poblacion con tanta virginidad ofrecida á Dios! ¿Quién no ha visto dramas espe-luznantes ó leído novelas románticas y sentimentales, en que un lúgubre claustro es prision de una víctima más ó menos interesante, bien como aquellas cautivas princesas que la enferma imaginacion de nuestro inmortal D. Quijote creia vislumbrar en cada venta que por su mal imaginaba ser castillo? ¿Para cuántos y cuántas que 'conocen el mundo únicamente por lo 'que han visto en el teatro ó en las entregas á medio real, monja y convento son todavía cosas que les ponen los pelos en punta de puro terror, y prefieren ver muerta mil veces á su hija, ó mal casada, antes que contemplarla al través de aquellas horribles rejas? Conviene, pues, hablar de las monjas como hablamos tiempo atrás de los frailes, desvaneciendo la afectada compasion de los unos y poniendo al descubierto las verdaderas causas del odio rabioso de los otros. Conviene decir, y decirlo muy en alta voz, qué razones tiene la Revolucion para procurar formar sobre este asunto tan densa atmósfera de preocupaciones; qué móvil es el suyo cuando en

teatros y novelas , ó saca la monja al ridículo por medio de caricaturas , ó la difama por medio de viles calumnias , ó la pinta como vietima infeliz haciéndola objeto de sentimentales declamaciones. Conviene que se sepa el por qué de esa guerra cruel , con que sin el menor pretexto , por un arranque liberal más despótico que el de los sultanes , se ha lanzado mil veces de sus pacíficas viviendas á las vírgenes del Señor, se han saqueado sus templos , se han desamortizado sus dotes , han sido puestas en mitad de la calle sin asilo ni protección sus personas doblemente respetables por la virtud y por la desgracia. Conviene que se examine qué secreto instinto de odio mueve á los revolucionarios contra estas inofensivas mujeres , á quienes nadie ve, á quienes nadie oye, que nada saben de política ni de gobiernos, que á nadie exigen contribucion ni cuestan una lágrima , que son hermanas nuestras, hijas de nuestras casas, y que sin embargo no les merecen á los enemigos de la fe, ni la consideracion, ni siquiera la tolerancia, ni siquiera el desdeñoso olvido que les merecen las mujeres escandalosas. Sí; examinémoslo todo, veámoslo todo, digámoslo todo; quizá en el fondo hallemos que esa pobre mujer á quien nadie parece hacer caso más que para insultarla , esa *monja* es en la religion y en la sociedad un elemento de primera importancia , con una mision digna , si , muy digna de las iras que el infierno promueve á todas horas contra ella. Tal vez hallemos que en esto como en todo la Revolucion ¡ah , no! no aborrece sin cau-

sa, no aborrece de balde; que harto sabe ella, ó Lucifer que la inspira, cuáles son los puntos á donde debe dirigirse con preferencia el ataque. Y tal vez alguno de nuestros mismos hermanos, que se dejó llevar como tantos de las falsas máximas del siglo, aprenda de allí á amar, á defender, á venerar estas instituciones cristianas, por lo mismo que el infierno muestra mayor empeño en desprestigiarlas y destruirlas.





¿ PARA QUÉ SIRVEN LAS MONJAS ?



I.

La vida religiosa de las mujeres es tan antigua como el Cristianismo, y aún en cierto modo es anterior á él. Perteneció á una de aquellas necesidades que el espíritu humano ha sentido en todos tiempos y en todos climas; así que no es extraño que se encuentren mujeres retiradas del bullicio seglar y dedicadas más especialmente al culto en todas las *Religiones* conocidas, si es lícito llamar con este nombre genérico hasta á los falsos cultos. La sola razon natural ha bastado para conocer que la virtud se cultiva mejor en el silencio y en el recogimiento que en medio de la algazara mundanal, y que la Divinidad se complace en tratar más intimamente con quien, para dedicársele, ha procurado distraer en lo posible su atencion de los negocios humanos. En efecto. La aspiracion natural del alma que desea no contaminarse con el hálito impuro que en torno de sí exhalan las costumbres

corrompidas, es sustraerse, aislarse de ellas por medio del recogimiento; y esta separacion, este aislamiento se ha ido á buscar naturalmente á la sombra protectora del altar. Podemos, pues, decir hasta cierto punto que no es el Cristianismo quien ha inventado los claustros. El Cristianismo no ha hecho más que facilitar la satisfaccion á esta dulce exigencia del corazon humano. Así como ha dicho Tertuliano que el alma es naturalmente cristiana, así podemos afirmar que el corazon virtuoso es de suyo amigo de la soledad y del retiro, como el corrompido es naturalmente amigo del bullicio y de la disipacion.

Sin embargo, ha sucedido con esto como en muchas otras cosas. A pesar de la tendencia naturalmente buena del corazon, la depravacion ocasionada por el pecado original hacia necesario un auxilio exterior que secundase en él aquellos primeros instintos que la caida no alcanzó á borrar por completo, pero que dejó débiles y enflaquecidos. Jesucristo, restaurador del hombre, vió en el fondo de su alma esta necesidad suya, vió las tentativas mil que para satisfacerla completamente se habian ensayado, así entre los judios como entre los paganos; y fué entonces cuando en su admirable Evangelio marcó un sendero especial para estas almas privilegiadas, y dijoles en cierto modo: «Podéis salvaros con el cumplimiento de mi ley, sin separaros por esto de las vias ordinarias que mi providencia ha señalado á los mortales constituidos en sociedad: mas si anhelais mayor perfec-

cion, si quereis seguirme más de cerca, si deseais mayor corona en mi reino, emprended vida más ardua y estrecha.» Y dictó además del código normal de los *buenos*, que es para todos, el código excepcional de los que desean ser *mejores*, que es sólo para algunos, es decir, la ley de pobreza voluntaria, de obediencia perfecta y de castidad perpétua. Ley que, no siendo *de sí* obligatoria, viene á hacerse tal para el que en virtud del voto se liga á ella. Es, pues, de institucion divina la vida de retiro religioso; la Iglesia no ha hecho despues más que prescribir formas para su más fácil ejercicio. No se busque, pues, en el siglo III ni en el V el origen de la vida claustral de mujrces. Con el Evangelio fué promulgada al mundo, y así que empezó á practicarse aquel, fué tambien ella practicada. Virgenes y viudas quisieron honrarse al punto con el dictado de esposas fieles de aquel Esposo cuyos amores son eternos; y desde entonces las mujeres dedicadas al Señor florecen en la Iglesia como una clase especial y distinta; de ellas se habla en todas las páginas de los primeros Padres; para ellas se legisla en los cánones más antiguos; á ellas se otorgan consideraciones y privilegios que muestran la alta estima en que las tuvieron los primeros fieles. Y desarrollándose cada dia más lozano y frondoso el árbol de la fe, y permitiéndole ya la paz mayor publicidad y mayor organizacion exterior, hallamos ya en san Basilio noticia de reuniones (*conventus*) de religiosas bajo la direccion de una más antigua, á quien debian

obedecer, y con reglas en todo parecidas á las de los monjes; y nos dice ya san Juan Crisóstomo que en Egipto las vírgenes consagradas á Dios eran ya en su tiempo tan numerosas como los varones. Es decir, vemos ya en todo su esplendor la vida monacal de las mujeres apenas sale el Cristianismo de la oscuridad de las catacumbas.

El *velo* era ya entonces muy frecuentemente el distintivo de tales vírgenes ó viudas; traje que tenía por objeto cubrir modestamente la cabeza y el rostro, y que se imponía casi siempre bendecido por manos del Obispo. Otras veces la jóven consagrada ostentaba un anillo precioso, símbolo del místico desposorio que con el celestial Esposo contrajera. Marcelina, hermana de san Ambrosio, recibió tal hábito de manos del Papa Liberio en la iglesia de San Pedro de Roma, la noche de Navidad del año 352. Desde entonces fué tomando cada día mayor cuerpo la vida claustral de mujeres en la Iglesia de Dios; y al llegar los tiempos del gran legislador de la vida monástica en Occidente, san Benito, adquirió con la influencia de este varon providencial aquel grado de regularidad y fijeza con que la hemos visto llegar hasta nuestros días.

II.

No es, pues, el espíritu sombrío de la Edad media el que inició la vida claustral de las mujeres, como pretenden algunos con harto desconocimien-

to de la historia. Es, sí, el espíritu cristiano en su mayor pureza el que hizo florecer en el mundo estos asilos de retiro y mortificación. ¡Ah! ¡Es dulce y consolador en alto grado ver en los siglos primeros de la fe el afán con que se disputaban el velo santo las damas más encumbradas de la aristocracia romana! Es creíble que la misma corrupción que devoraba las entrañas de aquel vetusto imperio fué el principal motivo que llevó á la soledad á tantas almas desengañadas ya, ó deseosas de evitar el amargor del desengaño. ¿Qué tiene de particular? Los siglos de mayor disipación han sido los más poblados de estos santos retiros; que en ninguna parte son tan necesarios los puertos abrigados como en las costas borrascosas. La mujer había llegado en el paganismo á un grado de envilecimiento moral que nos horroriza cuando lo vemos descrito en sus poetas ó historiadores. La matrona romana no conservaba ya de aquella su antigua dignidad doméstica y civil más que el pomposo nombre; en lo demás ¿quién la distinguiera de las mujeres de más vil condición? Contaba, dice un satírico, los años, más que por el número de cónsules, por el de maridos, y alternaba con las feroces emociones del Circo los muelles pasatiempos del baño y del teatro. Impúdica, cruel, derrochadora, la descendiente de las Porcias y Lucrecias ofrecía al mundo el asqueroso espectáculo de la más completa degradación de su sexo, que tan brillantemente nos ha pintado el admirable autor de la *Fabiola*. Imaginad, pues, en el seno de esta so-

ciudad corrompida la voz de la Religion anunciando de repente que hay otros goces superiores á los de la sensualidad; que hay emociones más nobles que las de la materia; que el corazon puede saciarse con otros amores que los de carne y sangre; que hay delicias misteriosas únicamente reservadas á la castidad; que hay medio seguro de conservar una limpieza sin tacha, ó de devolverla al alma por medio del arrepentimiento; que la virginidad tiene prometidas en el cielo sublimes coronas: imaginad, digo, que de repente se proclama en medio de aquel albañal de groscras concupiscencias esta doctrina regeneradora, y que algunas almas intrépidas empiezan á profesarla con pasmo de todo el mundo, dándole el ejemplo, no sólo de que es gloriosa su práctica, sino de que es posible y fácil á la humana miseria, ayudada por la gracia de Dios, y concebiréis cómo en el mismo seno de la inmundicia y de la depravacion pudieron formarse estos vergeles encantados que el cielo miraba con delicia y la tierra con asombro. Asi se comprende como la vida religiosa fué ya desde el principio eminentemente popular: el mismo exceso del mal general hacia la simpática á los corazones honrados: una reaccion natural contra la corrupcion pagana llevaba los espíritus cristianos á las sublimes austeridades de la mortificacion. Por la misma razon vemos multiplicarse en nuestros dias los institutos religiosos. A proporcion que crece la inmoralidad, á medida que va infiltrándose en las costumbres un nuevo paganismo, siéntese más la necesidad de

lugares que ofrezcan asilo seguro contra tan inmundas oleadas; y la inocencia, no hallando apenas dó fijar con seguridad su planta, corre á refugiarse en estas aberturas del arca de la Iglesia, como hizo en otro tiempo la paloma de Noé.

III.

Mas no es solamente el deseo de mayor seguridad y de vida más recogida la que dió lugar á la vida religiosa de las mujeres. Hay también, como móvil principalísimo, la idea de la expiacion por medio del sacrificio.

Es natural, en quien ardientemente ama, el deseo de reparar las injurias inferidas al amado. Este sentimiento ingénito en el corazon humano ha sido en la religion el gérmen de los actos más heroicos. Nace de ahí la idea de la expiacion, homenaje con que el hombre ha procurado en todos tiempos desagraviar á la Majestad divina ofendida por nuestros excesos. La expiacion más óbvia y natural es la que se ofrece á Dios por medio del castigo de su propio ofensor; la más noble, sin embargo, es la que ofrece un alma justa en satisfaccion y desagravio por lo que debió pagar otra alma pecadora. Y en esto nada hay que no sea perfectamente lógico. Admitida cierta solidaridad entre todos los miembros que componen la gran familia humana, nos consideramos todos como responsables en comun del atentado que individualmente comete contra Dios uno de nuestros prójimos; res-

ponsabilidad que á todos obliga, en cierta manera, á la reparacion debida. Harto sabemos que el mérito y demérito de nuestros actos tocante á nuestro último fin es exclusivamente personal; ¿quién negará sin embargo que hay tambien en los pecados del mundo una como responsabilidad colectiva que á todos alcanza? ¿Acaso las grandes calamidades con que ya en este mundo suele la Providencia castigar la corrupcion general no suponen esta como mancomunidad de merecimientos que así para el mal como para el bien hace de todos nosotros un solo deudor á los ojos de la justicia divina, además de la cuenta particular que llevará cada uno de por sí ante el divino tribunal?

Pues bien. En este estado de cosas, cuando el ultraje á la soberanía de Dios es más general é irritante, cuando la voz de la iniquidad parece resonar en todo el mundo con mayor insolencia, como si en su insensato orgullo desafiase la cólera justísima de Dios, entonces es cuando ciertas almas escogidas, saliendo, por decirlo así, de la oscuridad en que las envuelve su modestia, alzan el grito de su amor entre los insensatos clamores del odio; y llevando en cierta manera la voz para el bien entre todos sus hermanos, así como los impíos parecen llevarla entre todos y en nombre de todos para el mal, ofrécnese como víctimas expiatorias por las iniquidades de todos, así como los malvados atraen con ellas el enojo de Dios sobre las cabezas de todos. Entonces es cuando lo más puro, lo más inocente de entre las almas puras é

inocentes, ardiendo en santos deseos de desagraviar á su amor ofendido, se somete no solo á la privacion de lo vedado, que eso ya parece poco á su ansia de reparacion, sino hasta al sacrificio de los afectos más licitos, renunciando espontáneamente á lo que la misma ley de Dios no ha prohibido, en voluntaria compensacion de las transgresiones con que aquella misma santa ley ha sido violada.

IV.

¿Y quién no ve en la sublime institucion de los votos religiosos la más perfecta realizacion de esta idea? La virgen que se consagra á Dios es una víctima inmolada en su presencia con el cuchillo espiritual de los tres votos que la matan para el mundo y para su propia voluntad. Suicidio sublime que el espíritu del siglo rara vez comprende, pero cuya significacion adivinan con intuicion verdaderamente admirable ciertas almas por Dios predestinadas á tan excelso ministerio. Suicidio (no nos espanta repetir esta tremenda palabra), suicidio por el cual se muere hasta á los deseos y afectos del corazon que el mundo reputa más inocentes, desde el momento en que de esos deseos y afectos se ha hecho donacion absoluta, perpétua, exclusiva, al zelosísimo Esposo que no consiente se menoscabe en lo más mínimo su integridad. Y ¿quién puede apreciar en todo su valor el precio de esos holocaustos de continuo ofrecidos á la divi-

na Majestad ofendida, y cuyo suavísimo perfume es poderoso para aplacar la indignacion del Señor? Añadid á esto, que despues del acto sublime en que por la profesion de los tres votos se ha inmolidado en presencia del Señor aquella víctima suya escogida; despues del valor de ese don, el más precioso que de lo suyo puede ofrecer criatura alguna á su Hacedor supremo, resta todavía el precio de una vida consagrada toda entera á la austeridad como compensacion del libertinaje del mundo, á los rigores de la penitencia por los excesos que cometen cada día quienes nunca pensarán en ella, y á las divinas alabanzas, desagravio perenne del continuo blasfemar con que desde el polvo de su miseria insulta el hombre la Majestad de Dios. ¡ Ah! Al pasar junto á la cerca de uno de esos olvidados asilos donde de continuo se gime, se ora ó se canta, al rededor de los cuales hierve con todo su furor el bullicio y el frenesí de nuestras corrompidas ciudades; al oir la modesta campana que constantemente, á ciertas horas dadas, hace oír su voz que nadie al parecer escucha y nadie se cuida al parecer de obedecer, detencos un momento, y reflexionad que, gracias á Dios, hay todavía corazones que velan únicamente para el bien, cuando tantos, innumerables, viven sólo para el mal; considerad que hay todavía almas que, viendo el incesante reto con que se provoca á los cielos, cuidan que en pos de él vuelen á todas horas á aplacarlos la súplica sumisa, la alabanza fervorosa, el encendido afecto de piedad.

Y mientras traen fuera de sí al hombre sus placeres, ó sus negocios, ó sus guerras, ó sus ambiciones, está sobre las armas ese ejército permanente de oracion, bien como en la milicia de la tierra guarnece el soldado nuestras fortalezas, y vela y sufre y muere en ellas por la defensa de los intereses de sus hermanos. ¡Ay del mundo si no hubiese quien constantemente por él expiase! Expiacion que es la idea fundamental de toda la vida cristiana, porque ¿que es en el fondo todo el misterio de la Encarnacion y su perpetuacion en el mundo por medio de la santa Iglesia más que una inmensa y divina obra de expiacion por medio de la cual el gran expiador Cristo Dios satisface por todos á la justicia de Dios Padre? Nadie, pues, coopera tan directamente á sus nobilísimos fines como el que se le asocia en esta obra, uniendo á los sufrimientos, méritos y satisfacciones de Él, sus propios méritos, satisfacciones y sufrimientos, desposándose con Él con verdadero y real desposorio de Cruz. ¿Y qué otra cosa es en su verdadero y propio sentido la vida religiosa?

V.

Como si previese la Iglesia las tendencias de menguado positivismo en que iba á entrar la sociedad en los tiempos modernos, preparóse, por decirlo así, á ellas, y conforme á las nuevas necesidades, el Espíritu de Dios, que en aquella vive constantemente; imprimió también nueva direc-

cion á los institutos religiosos. Los de mujeres participaron de esta tendencia general que caracteriza á los modernos institutos. Nos explicarémos.

Por elevados y nobilísimos que sean los fines que se propone la religiosa al consagrarse á Dios en una vida de absoluto recogimiento para la perfeccion de su alma, y de expiacion para reparar en lo posible los desórdenes ajenos; por sublimes que sean estos fines, ó precisamente por serlo muchísimo, no merecen de nuestros tiempos, groseramente materialistas, la consideracion y el aprecio á que son acreedores. Hasta los frutos de la vida interior y sobrenatural quiérese hoy por el siglo que sean exteriores y visibles; los resultados que no se ven con los ojos, y no se palpan con las manos, parecen nulos y de ningun valor á los hijos de nuestra generacion. El espíritu del siglo presenta en este terreno frecuentes batallas á la Iglesia católica, y la Iglesia católica ¡gran gloria es poderlo afirmar! ninguna ha rehusado, y en todas ha salido victoriosa. Concretándonos al caso presente, parece haberles dicho á los hijos del siglo: «¡Qué! ¿me desafiáis á que influya en la humana sociedad de un modo que no lo vean solamente los ojos de la fe, sino que lo vean tambien los ojos de la carne? ¿Acusais de estériles y ociosas mis instituciones, encaminadas principalmente al desprecio del mundo, á la reforma de la vida, á la mortificacion de las pasiones y al constante gemido de desagravio por vuestras iniquidades? Vuestro frio positivismo ¿desconoce todos estos progresos espirituales, la

union del alma con Dios, la eficacia de la oracion, la atraccion de gracias celestiales por medio de ella sobre nuestros negocios, familia y tribulaciones? ¿No reconocéis por bueno y útil y beneficioso más que lo que puede figurar en las casillas de los cuadros estadísticos, lo que se suma y lo que se resta en vuestra civilizacion de guarismos? ¿Y creéis que en este terreno no puedo pretender y alcanzar, como en todos, la superioridad y la primacía? Pues á él bajaré, y en él os dejarán asombrados mis victorias.» Dijo así en cierta manera, y lanzó al mundo los institutos religiosos de beneficencia y de instruccion.

Vióse entonces un espectáculo altamente glorioso. Los institutos de vida contemplativa permanecieron conformes á su antiguo espíritu, y aún algunos de ellos por medio de sábias é inspiradas reformas emprendieron aún más estrecha observancia. La piedad, la vida interior, la union con Dios, la oracion y la alabanza constantes, que son su objeto, no debían desaparecer, ni siquiera sufrir menoscabo; son lo fundamental en el Catolicismo; son el alma de todo lo demás. Pero al lado de estos paraísos terrenales de vida contemplativa, que nunca desaparecerán de la Iglesia de Dios, viéronse aparecer los que podíamos llamar espirituales talleres de la vida activa, que tan grandiosas conquistas iban á realizar en los siglos modernos, para ofrecerlas cual rico botín á los piés de su Madre fecundísima. En los primeros, el apartamiento del siglo era absoluto; en los segundos, iba

á trabarse la batalla en medio de la misma confusión del siglo: en aquellos se iba en busca de Dios por el camino de la soledad y del aislamiento; en estos se iba á servir á Dios entregándose del todo al servicio del prójimo. En todos era el objetivo la divina gloria; pero en los unos se deseaba esta gloria principalmente por medio de la santificación propia; y en los otros por medio de la santificación propia y de la ajena. En los contemplativos, sólo podían apreciarse los resultados con el criterio de la fe, y podía únicamente registrarlos la estadística celestial; en los de vida activa, podía hacerse cargo de ellos hasta el espíritu menos favorable al Cristianismo, y sus datos podía calcularlos y examinarlos hasta la estadística seglar más indiferente ó prevenida. No que en los antiguos fuesen olvidados el amor al prójimo y el zelo por las obras de caridad: ¿quién no recuerda las escuelas de los monasterios en la Edad media y los servicios de las Órdenes redentoras de cautivos? Ni que en los modernos se prescindiera del cultivo espiritual, y del elemento primario para toda obra cristiana, que es la perfección interior del que se dedica á ella: ¿qué diferencia habría entonces entre la beneficencia y la instrucción *laicas*, y la beneficencia y la instrucción religiosas? Sólo, sí, hemos querido hacer notar el carácter dominante, no exclusivo, de cada una de estas dos clases, á fin de que viesen nuestros lectores de qué modo tan providencial se ajusta y amolda la Iglesia católica, sin dejar de ser siempre la misma, á las varias vicisitudes y exigencias de los tiempos.

VI.

Nadie ha hecho esto sino el Catolicismo. Nadie podía hacerlo, ni podía nadie siquiera imaginarlo. Organizar ejércitos de sencillas mujeres en contacto siempre con el mundo y rodeadas siempre del bullicio y miserias de él, y no obstante ajenas á todo lo del mundo y conservando intacta y limpia su toca angelical, era empresa que sólo podía acometerla la Religion verdadera. Y forzoso es confesar que el mundo moderno ha visto con asombro tal empresa, no solo acometida, sino perfectamente realizada. Demos una ojeada á nuestro rededor, y admirarémos lo grande de tal espectáculo.

Hay actualmente en el Catolicismo multitud de institutos de esta clase, en cuya enumeracion detallada no podemos entrar, so pena de hacernos interminables. ¿Quién no conoce á la Hermana que recoge los huérfanos y expósitos en nuestras grandes ciudades, haciéndose por la religion madre tiernísima de aquellos á quienes ha desechado su madre segun la sangre, ó á quienes por la muerte les fué arrebatada? El nombre solo de Casa de Maternidad que llevan esos asilos debiera traernos á todos las lágrimas á los ojos. ¿Quién no ha oido hablar de la otra que en los dias de epidemia se presenta á la cabecera de los apestados sin retribucion material ni afecto alguno humano que la tenga allí ligada, sólo por el amor de Dios á quien se ofreció desde sus juveniles años, y por el amor

de un prójimo á quien nunca vió antes, ni ha de ver después; de quien no aguarda gratitud, sino muchas veces grosero insulto; por quien sufre y hasta muere, sólo porque ve en él un hermano que á sus fraternales cuidados ha confiado la caridad? Y aquellas otras, vedlas en esos lugares que podrían creerse los menos á propósito para ellas, ¡angelicales criaturas! vedlas en el horror de los campos de batalla sin pestañear ante el cuadro de sangre que hace estremecer á los más valerosos. También tienen allí un puesto de honor, porque lo tienen donde quiera que haya un gemido que recoger ó una lágrima que enjugar. Ha concluido el espantoso drama: el vencido se ha retirado á ocultar su desastre, el vencedor va orgulloso á ostentar sus laureles; pero uno y otro han dejado en pos de sí un campo de devastacion y de sangre, del cual ha dicho un célebre general que lo más triste que hay, á no ser una gran derrota, es el espectáculo de una gran victoria. En efecto. Vencidos y vencedores yacen confundidos en el lugar que fué teatro de la ignominia de unos y del triunfo de otros. La caridad cristiana, que no reconoce bandos ni distingue nacionalidades, entra entonces en el ejercicio de sus más sublimes derechos. ¡Pobre hijo que pide á voz en grito los auxilios de una madre cariñosa! ¡Pobre hermano que anhelará cerca de sí los cuidados de su hermana! ¡Pobres heridos sin familia, sin hogar, sin el calor de un corazón compasivo después de las iras de aquella lucha feroz! Mas ¿qué digo? Madre y hermana y

familia tendrán aquellos desdichados; madre y hermana y familia, á las que no vencerán en abnegacion y solicitud y blandura las madres y hermanas naturales. Escuchad. Allá léjos, muy léjos, mucho tiempo antes, cuando aquel pobre herido no se creia llamado todavía á empuñar el fusil, preparábase la Providencia amorosa de Dios, preparábase ya el Catolicismo para el día de su desgracia la madre y la hermana que debia tener á su lado. Allá léjos, muy léjos, en otra provincia, quizá hasta en otra nacion, una muchacha daba un *á Dios* siempre doloroso á sus padres y á su pueblo; abandonábalo todo, parientes, esperanzas del mundo, ilusiones de la juventud, bienes de fortuna, y entraba de novicia en un santo asilo, en el cual no se le brindaba con otros atractivos que con los de la abnegacion y del sacrificio. Y lloraban su padre y su madre al darle el postrer beso, é indignábanse los prudentes del siglo con lo que llamaban dureza de su corazon, y hasta maldecian ¡oh necios! la crueldad de la Religion que roba las hijas al cariño de los padres, é invocaban los derechos de la naturaleza y todos los recursos del sentimiento para evitar aquella separacion. Y murmurábase de eso en los salones y en los talleres, y explotábalo de lo lindo la gacetilla de los periódicos impios, y pintábalo con desgarradoras tintas la novela revolucionaria, y salia al teatro la infeliz niña como víctima del fanatismo y de los manejos del sacerdote. Y muchos, entre pesarosos y admirados, decian allá entre los suyos: «¡Quiá! ¿Para qué ha de cometer

la bobada de hacerse monja la fulanita? ¿Acaso no se puede servir á Dios en el mundo sin amargar la ancianidad de los padres?» Y añadía otro: «Pues yo no sé como el Gobierno no pone en eso la mano y no les impide á los Curas turbar de este modo el sosiego de las familias.» Y uno más sabihondo y filosofador, echándola por otro camino, ponderaba «como se disminuye la poblacion con estos abusos del clericalismo, y suspiraba por el día en que la libertad pondría coto á ese absurdo de los *votos contra naturaleza*.» ¡Santo Dios! ¿Quién de mis lectores no ha oído mucho y muchísimo de eso en el mundo que habitamos? Pues bien: á pesar de todo entraba la muchacha ó señorita en el noviciado, y vestía el hábito, y fortalecía su alma con las asperzas de la penitencia, y templaba su corazón juvenil en los incendios del divino amor, para, cuando fuese la hora, lanzarse ardiente, vigorosa, denodada, en busca de las gloriosas hazañas de la caridad. Y llegaba el día, y sacábanla de su quieto asilo y del pié del tabernáculo órdenes superiores; y jóven, débil, mujer, traíala Dios como por la mano al lado de aquel infeliz herido que necesitaba madre y hermana; y la niña que entre el llanto de unos y las inyecciones de otros abandonó un día á sus padres y hermanos, lo es entonces todo para aquel infeliz desconocido, á quien los suyos no pueden socorrer.

VII.

¿Y no conocéis á aquella otra que lleva el nombre tan dulce de *Hermanita de los pobres*? Esta escogió por objeto de sus caritativos desvelos la ancianidad indigente, la ancianidad desvalida, en la cual tan pocos fijan la atencion; la ancianidad, que tiene todas las necesidades de la infancia con más un conocimiento completo de su desamparo, que se la hace muy más angustiosa.

Decididamente es esta una de las obras de misericordia que exigen más paciencia, porque el niño es de suyo simpático, el enfermo y el herido inspiran ya, por su estado, especial interés; pero el pobre viejo es muchas veces repugnante, antipático, ó por su educacion, ó por su malhumor, ó por los hábitos contraídos y en aquella edad ya inmodificables... y sin embargo, estos pobres viejos, á quienes al parecer falta ya todo sobre la tierra, hallan todavía en ella hermanas que les quieren, les miman, que poseen un arte especial para cuidar sus achaques, para endulzar sus melancolías, para hacer que abandonen con la sonrisa en los labios este mundo donde aún, gracias á la Religion, han encontrado dias felices.

Aquellas otras van de casa en casa, asistiendo á domicilio los enfermos á cuya cabecera son llamadas. Existe ya en España esta institucion, destinada á prestar inapreciables servicios. No examinan préviamente si es pobre ó rica la familia; y una

vez en medio de ella, comen lo que les dan, ó comen lo que ellas mismas han traído, ó lo comparten hasta con sus propios asistidos, si se encuentran en necesidad. Velan al lado del enfermo día y noche, dirigen la administracion de medicamentos, y sostienen la fortaleza en los corazones abatidos por la tribulacion; enjugan el sudor frio del agonizante y las lágrimas de la viuda ó de los huérfanos; y representantes de la Religion, la hacen intervenir con sus divinas austeridades y con sus inefables consuelos allí donde, por desgracia sobrado comun, no habria sido tal vez llamada.

VIII.

Necesarias fueran muchas páginas para indicar, siquiera someramente, algo de lo mucho que hacen las tan calumniadas y despreciadas monjas en este ramo de caridad pública que se conoce con el nombre de Casas de educacion. Caridad tanto mayor y más excelente que la que se ejerce para con los cuerpos, cuanto es mayor y más digna de la atencion del cristiano la que se ejerce con las almas, librándolas del contagio de las malas ideas y de la corrupcion del siglo por medio de la verdadera y sólida enseñanza católica dada á la niñez, así en los grandes centros de poblacion, como en las más reducidas aldeas. Demos una ojeada sobre este cuadro consolador, que en tanto grado enaltece y hace gloriosos los institutos religiosos de mujeres en el presente siglo.

Se nos presentan por de pronto á la vista los suntuosos colegios que para la educacion que llamáremos superior han levantado varias congregaciones religiosas. Hay en el mundo una clase de miseria dorada con los esplendores de la más fastuosa opulencia, miseria digna de llamar la atencion del cristiano tanto como la que suele horrorizarnos tal vez en la clase proletaria y trabajadora. Esta miseria de salon, tanto ó más repugnante que la de bohardilla ó de taller, es horrible en muchas familias. Olvido completo de Dios, desconocimiento casi absoluto de su ley, un verdadero paganismo en las ideas y en las costumbres, culto ridículo de la frivolidad y de los más necios caprichos del mundo, hé aquí las pobreza morales que se esconden muy á menudo bajo el oropel de suntuosos trajes y de magníficos palacios. Lo que sobre tales fundamentos suele edificarse, lo que es la educacion de la muchacha en atmósfera tan viciada, lo que pueden enseñar á sus hijas, madres cuyo único afán es el de obtener en la sociedad lisonjas, ó padres dedicados sólo á realizar colosales fortunas ó escalar puestos elevados, hartos lo sabe quien haya tratado tales familias, ó puede figurárselo cualquiera con sólo conocer lo que da de sí la pobre naturaleza humana guiada por tan malos consejeros. Ahora bien. Tales ricos necesitan limosna, sí, limosna más que los pobres, aunque no la necesiten de ropas ni de dinero. Necesitan limosna de sanas doctrinas, de buenos consejos, de edificantes ejemplos; y necesitan quien se la dé del modo que sólo pue-

den ellos recibirla. A este fin se la da la religiosa consagrada por sus votos á este delicado ministerio. Se la da envuelta con la propia educacion seglar que tales familias necesitan; se la da con el estudio de las finas labores y del piano, de los idiomas, de la pintura, de la esmerada urbanidad, cristianizando todo esto, aromatizándolo con el perfume de la piedad, y contrapesando su frivolidad y poca consistencia con el recuerdo de los austeros deberes católicos y con la práctica rigida de los ejercicios espirituales. Y como entre las familias que nadan en la opulencia las hay tambien firme y severamente cristianas, que mandan tambien sus hijas á tales casas de educacion, el contacto de éstas con las procedentes de familia menos piadosa ejerce con ellas el irresistible apostolado del buen ejemplo. ¡Cuántas familias han recibido por este conducto la luz de la fe y de la gracia divina! ¡Cuántas madres locas han entrado en razon por el incentivo de la hija que trajo al hogar las santas máximas y prácticas del colegio de religiosas!

IX.

Considerad ahora que esta influencia decisiva de la religiosa en la familia moderna está organizada hoy en todas las clases sociales del mismo modo que acabamos de describirla en las superiores. Si hay, en efecto, casas de educacion religiosa para las hijas de los principes y de las duquesas, las hay tambien para las de la clase media y de la clase

inferior. Nuestras poblaciones de segundo y tercer orden están dotadas de tales institutos, y en ellos lia la Religion su más poderosa esperanza para la educacion católica de la mujer y subsiguiente conservacion del catolicismo en el hogar doméstico. Y sigue la escala de tan benéfica institucion acomodándose á todas las clases sociales hasta tocar á las humildes *Hermanas* que de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, son enviadas hasta nuestros más arrinconados villorrios, donde con una subvencion insignificante, y bajo el techo de la más desmaltada casucha, abren su pobre escuela y educan allí en la ciencia de Dios y en las letras y labores á las hijas del artesano y del labriego; humildes misioneras de la cultura moral de aquellos olvidados pueblos, á los cuales regeneran con el ejemplo de sus virtudes, no menos que con su instruccion en las tareas de su sexo.

Así sucede que en nuestro siglo, cuando por general consigna del infierno se levanta en todas partes fiera batalla contra la educacion religiosa, ponderándose por los revolucionarios las excelencias de la que se llama *laica*, por miedo á llamarla, como se debiera, atea; en nuestro siglo, digo, ha organizado Dios de tal suerte la educacion de la mujer por medio de estas mil instituciones religiosas que han brotado de su Iglesia, que en ninguna parte faltan elementos aptos para darla con fruto, sin que sean obstáculo, ó lo encumbrado de la posicion social por temor de no hallarla á la altura de sus exigencias, ó lo humilde de la condicion popu-

lar por no tenerla acomodada á sus más comunes necesidades. De suerte que la Revolución tiene razon en eso, si en algo puede tenerla; tiene razon en odiar profunda y cordialmente á la monjita, al parecer inofensiva, que á la chiticallando le está sosteniendo en ese terreno una lucha tenaz y eficazísima. Tiene razon la Revolución, y ya no extrañamos que para salir del riesgo en que ponen sus conquistas estos oscuros soldados apele al brutal é inconsecuente principio de la *enseñanza láica y obligatoria*, que es hoy su programa en casi toda Europa. Obligatoria, es decir, que no pueda eximirse de hacerla dar á su hijo ó hija ningun padre ó madre; láica, es decir, que deba darla bajo la inspiración única del Estado anticatólico un profesor ó profesora cualquiera, con tal que no ostente hábito religioso. De modo que lo que busca la Revolución con eso no es la mayor ilustración del pueblo, sino el que esa ilustración no le venga por el conducto asegurado y de confianza que tienen los padres en el religioso y en la religiosa. Debe sin duda de estremecerse de coraje el infierno viendo á sus propios adeptos, descreídos y sin Dios, confiar, á pesar de todo, los pedazos de su corazón á los santos cuidados de la monja antes que á los de otra mujer, por parecerles que ofrecen más garantía de éxito las tocas de aquella que los solos títulos académicos y profesionales de ésta: debe de rugir de indignación el demonio viendo que hasta los jefes de los clubs, los periodistas demagogos, los demolidores de templos, los poseedores de

bienes sagrados mandan tal vez al convento sus muchachas, inconscientemente enamorados de la santidad misma de la Religión á quien blasfeman, y casan luego sus hijos con jóvenes educadas en tales seminarios de piedad, metiendo así en sus casas apóstoles femeninos que arraiguen en el corazón de las futuras generaciones la fe que ellos se esfuerzan en arrancar de todas partes. Así se explica el furor de la secta contra la educación de la monja; así se comprende que haya hombres cínicamente consagrados á la innoble tarea de calumniarla.

Pues bien. Todo eso debe ser para nosotros razón de más que nos obligue á tener en gran concepto á esos ángeles de la educación cristiana y á fomentar por todos los medios posibles el aumento de sus casas. Allí donde existe una de ellas debemos favorecerla á todo trance; allí donde no existe, debemos procurar de todos modos que se establezca. Es el mayor disgusto que podemos dar á la impiedad, y en pocas obras de mayor gloria á Dios podemos emplear nuestras limosnas ó influencia. Pueblos enteros han debido un cambio total en sus costumbres á la presencia en ellos de dos pobres *Hermanas* para la educación de las muchachas, que por de pronto son apóstoles de sus padres, mientras se preparan para serlo más tarde de sus hijos.

X.

Por lo dicho hasta aquí se comprenderá perfectamente lo injusto de las acusaciones que contra las Comunidades religiosas de mujeres lanza á todas horas el fanatismo de la incredulidad y que procuraremos nosotros condensar aquí en breves pinceladas.

«Centros de holgazanería» los llama aquel economista estirado, que de sus profundas teorías sobre la producción y el consumo ha sacado en limpio que aprovecharía más en el solar de cada convento una fábrica, almacén, remonta de ganado ó cosa así. Pero el tal infeliz ha olvidado, en medio de su anhelo por el bienestar de los pueblos, que la sociedad necesita no sólo de los artículos que se compran y se venden, sino de otra porción de friolerías que no por no poder exhibirse ni ganar medallas en exposición universal, dejan de tener algún valor é importancia. Tales son las oraciones públicas y privadas, los buenos ejemplos, los consuelos de la piedad, las obras de misericordia. Tales materias no suelen, es verdad, cotizarse á precio alguno en el mercado de esta vida; pero se cotizan muy alto en el tribunal de Dios y en la conciencia de todos los hombres cristianos. De tales productos no se ocupa poco ni mucho la *ciencia económica* del siglo brutalmente materialista; pero se ocupa, sí, la ciencia de las almas, que nos parece algo más noble, aún humanamente hablando, que la de los hilos y al-

godones y cruzamientos de razas. Centros de holgazanería se atreve á llamar á los conventos el discípulo de tal escuela; nosotros sólo nos atreveremos á preguntarle si van á ellos las holgazanas del siglo en busca de regalo y comodidades, ó si van, al revés, á otros y otros centros que al ilustrado economista no le parecen tan dignos de censura como el despreciable y despreciado convento. Mientras veamos que las gentes del mundo dedicadas al culto y regalo de su importante persona no van en tropel á pedir al claustro y á sus silenciosos corredores pasatiempo, distraccion, muelles diversiones; mientras veamos que las gentes que lo entienden prefieren para holgar y gozar los dorados salones, los espléndidos teatros, los concurridos paseos, las sabrosísimas tertulias, al silencio y recogida actividad de las casas religiosas, no, no podemos acabarnos de convencer de que el convento sea un lugar de holganza y de buena vida y nada más, como tanto se esfuerzan en ponderarlo sus decididos adversarios. No; creemos le serian más favorables si así fuese. Creemos les mereceria otro respeto, y dirian entonces esos señores que hoy encuentran inútil la vida religiosa: «Pues qué, ¿no ha de poder vivir una mujer á sus anchas y con toda comodidad si tiene con que costearse este capricho? Dejen Vds. á esas señoras que campen como mejor les cuadre, que para eso tenemos asegurada por las leyes nuestra libertad.» Así dirian si los conventos fuesen casas de recreo y no de austeridad; así dirian, y les oiria el público con aplau-

so, y nadie se meteria con la monja, así como nadie se mete con la mala mujer que vive de lo suyo y de lo ajeno, como no moleste con ruidos á la vecindad. Es verdad que ésta tiene garantida por la ley su infame industria. La monja, si fuese como ella, mereceria igual proteccion. ¡Oh! ¡si la monja fuese holgazana, y mejor si fuese corrompida! ¡cierto! no necesitaria nuestras pobres defensas á los ojos de la civilizacion actual.

XI.

«Horrible cárcel» se le antoja á otro el convento, así como á aquel se le figuró casa de disipacion y de vida regalona. ¡Vaya V. á poner acordes estos dos contrarios puntos de vista de la critica liberal! Horrible cárcel, os dirán, donde tras férreas rejas gimen día y noche víctimas inocentes arrebatadas al cariño de los padres y á los goces del mundo por el fanatismo ultramontano. ¿Quién pudiera pintar con sus vardaderos colores lo execrable de esos lazos con que se ha ligado en temprana edad un corazon inexperto, arrancándose dolorosamente á la familia, á las esperanzas del siglo, á sus propias ilusiones? ¡Ah! sí, verdaderamente, todo esto es lúgubre, trágico, tremebundo, sobre todo si se le dan por fondo á este cuadro macizas pilastras de piedra, góticos corredores, sombrías arcadas alumbradas por la luna, y una campana doblando pausadamente como voz de la eternidad que pronuncia el inexorable *lasciate ogni speranza* sobre aque-

lla tumba de vivos. Así plugo á ciertos románticos figurarse el convento; así nos pintan por ahí en novelas y romances de ciego á la sin par cuanto desventurada Heloísa. Y si á la parte exterior del muro, hecho perenne guarda-canton del edificio, se coloca para mejor contraste la figura del sentimental Abelardo, ¡oh! el efecto es entonces completo, y no hay corazon á quien no quiebren de pena y no hagan saltar de indignacion tan monstruosas tiranías.

Pero da la casualidad de que la pintura tan galanamente ejecutada en nada se parece al original. Hoy ¡gracias á la misma Revolucion! todo el mundo ha podido ya enterarse cómodamente de los horrores del convento tan explotados por el drama y la novela. Los misterios han dejado de serlo. En efecto. Aquellas tumbas de vivos, aquellas tétricas mansiones de la Edad media, aquellas torres de princesas encantadas, han merecido siempre una mirada compasiva de los Quijotes de la Revolucion, así que ésta ha podido permitirse alguno de sus acostumbrados desahogos. Al grito de ¡viva la libertad! se han descorrido los cerrojos de los conventos y han rodado aquellas pesadas puertas que, como las del sepulcro, sólo una vez se abren y se cierran sobre cada una de las allí emparedadas víctimas. Más aún. La piqueta libertadora ha echado abajo los muros, rejas y locutorios, y el sol de la ilustracion moderna ha entrado por fin de lleno en aquellos tenebrosos recintos. ¿Y qué? Aquellas desventuradas hijas del pueblo se han apresurado

á saludar quizás gozosas á sus heroicos libertadores y han echado por esas calles y plazas en busca del aire y de la luz que diz tanto tiempo há se las negaba, y rompiendo con fanáticas preocupaciones y desentendiéndose de velos y tocas, se han apresurado á vivir la vida libre que les brindaba generosa toda suerte de atractivos. ¿Habrá sucedido todo esto, no es verdad? Dígalo el pueblo español, que ha podido presenciar tales escenas distintas veces en lo que va de siglo. Dígalo el pueblo, que ha visto á las pobres monjas abandonar llorando y desoladas el nido de sus místicos amores; dígalo el pueblo, que ha visto á los bajaes de la Revolucion precisados á dictar órdenes terminantes de desocupo en el plazo de veinticuatro horas; ¡graciosa cárcel donde hay que señalar plazos á los presos para que la evacuen! Dígalo el pueblo, que ha visto á las cuitadas rendidas y suplicantes, á los piés de sus verdugos, implorar abrazando sus rodillas la gracia, la única gracia de poder morir en la amada soledad; dígalo el pueblo, que ha contemplado como unido y compacto aquel débil rebaño se trasladaba á otro asilo á continuar su vida de austeridad, hasta que menguada algun tanto la tormenta se concediese á las prisioneras besar otra vez las pilastras y baldosas de su horrible cautiverio. Diga el pueblo, ó mejor diga la Revolucion, más interesada en saberlo y publicarlo, diga los nombres de las que se han aprovechado de la libertad que se les impuso á la fuerza, ¡graciosa libertad! diga el número de las que han dado por

anulados sus votos; diga cuáles han sido las que no han volado otra vez á encerrarse en su misterioso retiro cuando ha cesado la persecucion. Diga si no son á docenas y á centenares las jóvenes que tras cada una de estas borrascas piden un lugar en estos asilos sin acabar de escarmentar de su manía á la vista de los peligros que han corrido sus hermanas, ó mejor del naufragio que han padecido sus dotes y sus fincas, que ahí está, segun malas lenguas, el ideal generoso de los libertadores de monjas oprimidas; diga si faltan nunca muchachas pretendientes al hábito y á la clausura, sin que espeluznen á las hijas de nuestro pueblo las romantiquerias que han escrito en prosa y en verso sobre los horrores del claustro periodistas y autores de melodrama. Diga si aún hoy que la inmoralidad corroe nuestras costumbres, aún hoy que se ha hecho de moda hacer asco de todo lo que huele á piedad y religion, aún hoy que la vida del claustro está expuesta á tantos azares, ha debido cerrarse ninguna casa religiosa por falta de personal, ó si son más bien muchísimas las que en todas las comarcas de España se establecen todos los días. Señal de que el pueblo, el verdadero pueblo, sabe perfectamente á qué atenerse tocante á lo mucho malo y espantosamente trágico que se le ha dicho de los conventos y de sus victimas.

XII.

«El absurdo de los votos contra naturaleza» es otro de los socorridos temas con que se combate comunmente en el mundo la vida religiosa de mujeres. Vamos á examinar esta cuestion como las demás, á ver qué da de sí bajo el punto de vista del buen sentido cristiano.

Absurdo se llama que una mujer ligue su corazon á Dios con perpétuo voto, obligándose á guardar castidad toda la vida, y á no dedicar más que á Él sus afectos. Y anda tan válida entre ciertas gentes esta opinion, que transigirian gustosas con lo demás de la vida claustral, con tal que la Iglesia admitiese un temperamento que alojase algo la severidad de esta su austera ley. Los tales no pueden asistir á la ceremonia de una profesion religiosa sin que les hiele la sangre su imponente majestad; en cada novicia que pronuncia sus juramentos no saben ver más que una engañada ó una imprudente; se les figura al instante el horror de su situacion, si un dia le ocurre arrepentirse de sus terribles promesas; y para prevenir esta atroz contingencia desearan se aboliesen los votos perpétuos de la disciplina eclesiástica actual, como una de tantas exageraciones ultramontanas. Y como las declamaciones humanitarias y sentimentales son las que más boga alcanzan en este siglo de molicie y enervamiento de caracteres, de ahí que los autores de tales invectivas contra los votos religiosos

hallen casi siempre eco en la masa general de las personas poco aficionadas á reflexionar en sério sobre estas materias, y aún entre no pocas de las que parecen piadosas á ratos, aunque á ratos también dejan muchas veces de parecerlo.

Nosotros, acostumbrados á mirar desde luego la cuestion por su lado más práctico, preguntaremos solamente: ¿Qué es el voto religioso? Respuesta de todos sabida. Es una promesa hecha á Dios. Ahora bien. Si es absurda una promesa hecha á Dios, ha de serlo también por precision toda promesa hecha á los hombres. Examinemos, pues, ahora cómo considera la crítica revolucionaria análogos actos, y hallaremos que si luego combate con el furor que vemos los votos religiosos, no es por ser votos, sino por ser religiosos, con lo cual la tendremos convicta de parcialidad y mala fe, y de consiguiente desenmascarada.

XIII.

Un contrato cualquiera entre dos personas, de las cuales una vende y otra compra á perpetuidad una finca, es en el fondo un voto que la primera hace á la segunda de respetarla en la posesion de aquellos bienes que hasta entonces mirara como propios, y que desde aquel momento habrá de mirar como ajenos. Aquella firma que se estampa al pié de la escritura de venta es *un voto* que se pronuncia ante la sociedad. Y no caben ya allí retractacion ni arrepentimiento. Por más que hayan

pasado despues las circunstancias apremiantes que pusieron al vendedor en la necesidad de desprenderse de aquel objeto; por más que estén vinculados á éste recuerdos de familia, afectos casi sagrados; por más que la venta aparezca acto forzoso y no voluntario, y mucho menos espontáneo, aquel voto forzado es inquebrantable, y la sociedad no relevará de su obligacion al que lo firmó, por más que salgan á abogar en favor de él todos los corazones sensibles y todos los pechos humanitarios.

El soldado que jura su bandera, bien sea por eleccion espontánea de esta profesion, bien porque le llame y obligue la patria á este servicio, al pronunciar bajo la hoja de la espada aquel juramento, en prenda del cual ofrece su honor y su vida, no hace más ni ménos que un voto. Y ¡cuidado si tiene dificultades y peligros el cumplimiento de este voto militar! Obediencia ciega á jefes que pueden mandar sin tener qué explicar la razon de sus mandatos; corneta en vez de campana; marchas forzadas en vez de horas de coro; sangrientos castigos en vez de las mortificaciones de la penitencia; heridas, estrago, muerte, en vez de las pacíficas ocupaciones del coro, de la oracion, de la enseñanza y de la caridad. Y estos votos merecen consideracion á todo el mundo, y los mira como honrosa profesion el mismo impío, y encontraria irracional y ridiculo el que se pensase en atacar la existencia de ellos, puesto que proporcionan á la patria y á la ley nobles y heroicos defensores. ¡Y son votos! ¡Y son votos perpétuos muchas veces! ¡Y son votos bajo pena de muerte!

Un hombre y una mujer se dan la mano al pié del altar, y se ligan uno á otro sus dos corazones con pacto indisoluble. Aquella mujer no puede ser de otro hombre, á no mediar la muerte del primero. Aquel hombre no puede ser de otra mujer, á no desaparecer de la vida la que aquel día llamó suya. Ambos han de dedicarse mutuamente toda su existencia, compartir penas y goces, poseerse exclusivamente. Ni enfermedad repugnante, ni larga ausencia, ni conducta ruin, ni genios encontrados, ni consideracion alguna de interés, de afecto ó de conveniencia, podrán romper aquellos lazos tan firmemente apretados. Es un voto con que aquel hombre se ha entregado á aquella mujer; es un voto con que aquella mujer se ha entregado á aquel hombre. Podrá sufrir el corazón, menguarse la hacienda, perjudicarse la salud; como no se pierda la vida, el voto tremendo quedará en pié, y Dios y la sociedad lanzarán á una su anatema sobre él ó la infeliz que se haya creído con derecho á profanar sus sagrados deberes. Y si mañana el desencanto sucede á la ilusion, el odio á los apasionados amores, la víctima tendrá derecho á la compasion, eso sí; pero no á que se la libre del yugo que el matrimonio impuso sobre su conciencia. ¡Terribles votos! ¡Espantosos votos!

Y tales votos son á los ojos de todos la cosa más natural, porque se les considera principalmente bajo el punto de vista de su conveniencia humana. ¿Qué fuera, en efecto, de una venta que pudiese mañana rescindir, de un oficial que pudiese en

la hora del peligro abandonar sin deshonra sus banderas, del lazo conyugal que el antojo de uno de los cónyuges pudiese á cualquier hora disolver? Y es claro: tienen razon los que asi discurren. Pero, ¿cómo no aplican igual criterio á las obligaciones que se contraen en nombre de la Religion, cuando respetan las que se contraen muchas veces en nombre de meras conveniencias humanas? ¿Sabéis por qué? Porque no les dicta á ciertos filósofos su raciocinio la filosofía, sino la prevencion más atroz contra todo lo cristiano; porque se tiene una lógica para usos profanos y otra para usos sagrados, ó mejor, para estos no se tiene lógica alguna; porque los que más blasonan de querer sujetarlo todo á los frios dictámenes de la razon, son al tratar de ciertos asuntos quienes saben mostrarse menos razonadores.

XIV.

No sé si han reflexionado bastante sobre los misterios del corazon humano los que tan implacables se muestran contra el voto religioso, asi en los institutos de hombres como en los de mujeres. Ensayemos aquí algunas consideraciones sobre este punto, que es sin duda el más interesante por ser el más fundamental en la presente materia.

¿Qué ha hecho la Religion cuando ha impuesto á determinados géneros de vida espiritual la obligacion de que fuesen sancionados con voto solemne? Ha hecho en sustancia no más que proporcio-

nar al cristiano un poderoso reparo ó preventivo contra las veleidades ó inconstancias de su propio corazon. Se puede ser casto toda la vida sin el voto de castidad; concedido: se pueden practicar rigurosamente la obediencia y la pobreza sin haberlas nunca prometido sólemnemente; es cierto. Pero tambien es cierto que las indicadas virtudes son más fáciles de conservar, así robustecidas con el voto, que si se hubiese dejado libre su ejercicio á la eleccion caprichosa de cada uno de los momentos de la vida. La cadena del voto, que cadena es, y no nos espanta la propiedad de esta palabra; la cadena del voto hace raras no pocas tentaciones que sin ella serian frecuentes, serian cotidianas. La sola idea de que puedo desistir hoy ó mañana de lo que ayer propuse, la sola idea de que aquello al fin pende de mi voluntad, bastará para producir en mi corazon violentos deseos, que, una vez tolerados, se harán luego imperiosos y rendirán despóticamente el corazon más bien dispuesto. El voto, excluyendo de mi imaginacion hasta la más remota posibilidad moral de ciertas condescendencias, me da por de contado una fijeza y solidez que por sí solas constituyen ya mi mejor defensa.

Algunos ejemplos tenemos á la vista en casos de otra indole que nos harán comprender perfectamente la razon de lo que estamos diciendo.

Ahi está la milicia, que por la austeridad de sus deberes y por lo arduo de ellos tiene mucha semejanza con una religion. Quitad á esa clase el juramento y el honor, que son los dos vinculos pode-

rosos que ligan á sus individuos; quitadles esos dos compromisos sôlemnes que tanto se parecen al voto solemne de la religion, y, os lo aseguro, por muy retribuida que sea la profesion de las armas, por gloriosos ascensos que se ofrezcan en ella, por terribles castigos que se impongan al ciudadano cobarde ó traidor, pocos serán los que resistan á las penalidades y azares de una campaña, nadie habrá que se lance á una brecha ó á una trinchera, donde las mayores probabilidades son de perecer. ¿Por qué, pues, ahora ni le ocurre siquiera al buen militar la idea de retirarse al reposo de su casa cuando amenaza guerra formal, por qué ni siquiera le asalta la tentacion de volver las espaldas al enemigo en empeñado combate? La razon es evidente. Porque el lazo severo con que ligó su voluntad al entrar en la carrera, no le permite pensar en la posibilidad siquiera de tan baja accion. El voto que le liga con la patria (áun cuando no piense en la obligacion que le impone la ley divina) le hace superior á las flaquezas de la naturaleza, que de suyo siente forzosamente horror á las penalidades y á la muerte. Dejad que no tenga este poderoso vínculo moral; dejad que en vísperas de una accion empeñada pueda cada cual discutir consigo mismo si es mejor aventurar la vida en ella, ó dedicarse á negocio menos expuesto. De muchos que sometan este asunto á la balanza de su criterio libre, pocos serán los que se resuelvan al sacrificio de la vida, por más que se lo exijan los altos intereses de la nacion ó de la idea que defiende.

Suponed que los matrimonios sean disolubles al arbitrio de los cónyuges y por cualquier leve disgusto. Millares de esposos que hoy viven perfectamente en paz, tolerándose con paciencia los mutuos defectos, inseparable herencia del corazon humano, sentiránse tentados á separarse por la menor friolera desde el momento en que esta separacion ha dejado de parecerles imposible. El mal humor de un momento, una pasion cualquiera no contrariada por el sentimiento del deber, un chisme de un mal intencionado, producirán en el hogar doméstico rupturas y escándalos que hoy se ahogan en gérmen con solo traer á la memoria lo sagrado de la ley que liga *perpétuamente* á aquel hombre con aquella mujer y á aquella mujer con aquel hombre.

XV.

Aplicad estas consideraciones á la cuestion que estamos tratando. ¡Ay de quien ha de deliberar consigo mismo todos los dias si seguirá ó no seguirá en el ejercicio de tal ó cual virtud! ¡ay del que no cierra inmediatamente la puerta á esas discusiones embrolladoras que introducen el vértigo y la vacilacion en los espíritus más firmes! El demonio se contenta casi siempre con que nos prestemos á discutir con él. Así que logra traernos á ese terreno de libre discusion tiene segura la victoria, que por esto es tan amigo del parlamentarismo. Quien no tenga á todos momentos prevenido el

vade retro, el ¡atrás! del Evangelio para echárselo en cara como única contestacion, dése infaliblemente por vencido. Hé aquí lo que produce el voto religioso. Hace indiscutible para la conciencia cristiana lo que el enemigo tendria interés en poner frecuentemente á discusion; cierra de rondon la puerta á antojos que sin él se harian exigentes y luego avasalladores; produce un estado de tranquilidad moral, en vez de la lucha y de la indecision que acompaña ordinariamente á nuestras obras libres; aumenta el mérito de estas mismas obras por el sello de inmolation y de voluntario sacrificio con que las adorna. Voluntario hemos dicho, porque ¿quién duda que los factos verificados á consecuencia de un voto son los más eminentemente voluntarios? Oigamos á nuestro esclarecido Balmes sobre esta materia:

«Los que han condenado esa necesidad que el hombre se impone á sí mismo é invocado en contra los derechos de la libertad, olvidan al parecer que ese esfuerzo en hacerse esclavo del bien, en encadenar su propio porvenir, á más del sublime desprendimiento que supone, es el ejercicio más lato que puede hacerse de la libertad. En un solo acto el hombre dispone de toda su vida; y cuando va cumpliendo los deberes que de este acto resultan, cumple tambien su voluntad propia. Pero, se nos dirá, «el hombre es tan inconstante...» Pues, para prevenir los efectos de esa inconstancia se liga con voto; y midiendo de una ojeada las eventualidades del porvenir se hace superior á ellas, y

de autemano las domina. Pero, se replicará, «entonces el bien se hace por obligacion, es decir, «por una especie de necesidad.» Es cierto, mas ¿no sabéis que la necesidad de hacer bien es una necesidad feliz y que asemeja en algun modo el hombre á Dios? ¿Ignorais que la Bondad infinita es incapaz de obrar mal, y que la Santidad infinita no puede hacer nada que no sea santo? ¿No recordais aquella admirable doctrina de los teólogos que explicando por qué el sér criado es capaz de pecar señalan la profunda razon, diciendo que esto procede de que la criatura ha salido de la nada? Cuando el hombre se esfuerza, en cuanto le es posible, á obrar bien, cuando esclaviza de esta suerte su voluntad, entonces la ennoblece, se asemeja más á Dios y se acerca al estado de los bienaventurados, que no disfrutan de la triste libertad de obrar mal, que tienen la dichosa necesidad de amar al Sumo Bien.»

XVI.

Nadie, pues, desprecie á las monjas, pues la Revolucion, que sabe harto lo que hace y conoce bien á quién debe aborrecer, las recomienda con su odio á nuestra estimacion y respeto. Vedlo: contra la monja, lo mismo que contra el fraile, se decretan la persecucion, el despojo, los más inicuos atropellos; contra ella vibra sus envenenadas calumnias el periodista sectario; contra ella publica páginas difamadoras la novela impia. Ahí teneis la medida

de su valer, el termómetro de su verdadera importancia religiosa y social. Amadla como la odian los enemigos de Dios.

Nació la vida monástica de la mujer al pié de la cruz, que al rehabilitar á la desdichada compañera del hombre que éste habia hecho su esclava y su juguete, la asoció á la empresa de la Redencion por medio del tipo sublime de su sexo, Maria santísima, y por medio de las altísimas obras de oracion, de penitencia y de caridad á que le mostró capaz de elevarse. Angel humano fué desde entonces la mujer cristiana, ennoblecida por la aurcola de la virginidad; ángel para cantar himnos á Dios; ángel para rogar y sufrir, por sus hermanos; ángel para calmar y endulzar sus amarguras. Y de tales ángeles apareció poblado de repente el mundo, que antes no habia logrado más que entrever y vislumbrear confusamente su posibilidad; y de tales ángeles fueron deliciosos paraísos, que brotaron como por encanto en todas partes, el monasterio y el convento.

Desde entonces á cada nueva necesidad religiosa y social ha deparado Dios eficaz medicina en un instituto religioso de mujeres, y ellas han sido á par de los hombres, en lo que es compatible con su sexo, apóstoles, mártires, maestros; en una palabra, casi todo lo que hay que ser en orden á la gloria de Dios, al bien de los hombres y al fomento de la civilizacion cristiana.

¿Encendiéronse guerras espantosas, corrió á torrentes la sangre, sembró la espada el llanto y la

desolacion? La monja no faltó en el campo de batalla para suavizar sus horrores.

¿Viéronse privados de madre séres á quienes abandonó la suya natural, y en triste orfandad peligró su vida física lo mismo que su salvacion eterna? La monja fué madre de tales desventurados, y la casa de las vírgenes cristianas, por un glorioso contraste de palabras que el paganismo no hubiera comprendido, fué llamada *Casa de Maternidad*.

¿Vióse con espanto confiarse la educacion y la instruccion públicas á personas que tal vez no inspiraron á la familia cristiana suficiente seguridad de ortodoxia y de intachable moralidad? ¿Deseóse mejor garantía de confianza que la que puede dar á las conciencias delicadas un simple titulo expedido por el Estado, hoy tan poco escrupuloso? La monja fué entonces maestra, y desde los más populosos centros de cultura hasta las más escondidas aldeas, la casa de la monja fué escuela, como antes habia sido casa de beneficencia.

Solicitas abejas de la civilizacion verdadera en todos sus ramos y aspectos, vése las incansables en el trabajo de esta su gloriosa colmena. Nuestro siglo las ve con asombro suyo multiplicarse en todas partes, á proporcion que se multiplican las necesidades. Nuevos institutos brotan como por encanto de este suelo de Europa abrasado por la lava de las revoluciones; miles de doncellas acuden cada dia á refugiarse á esos asilos de pureza, atraídas por el aroma de la virtud y anhelosas de militar en la lucha general de todo lo bueno, lo noble y lo puro,

contra todo lo corrompido, perverso y brutal que se disputan el dominio de las modernas sociedades. ¡Singular rareza! ¡Nunca se habló tanto como hoy contra la monja, y nunca abundó tanto la monja como hoy, y nunca fué como hoy la monja tan popular! ¡Nunca pareció á los ojos del mundo más dura la ley del voto, y nunca, sin embargo, fueron más numerosas las almas deseosas de encadenar todo su sér con él! Providencial es el desarrollo del espíritu religioso regular en la mujer de nuestro siglo, como providencial es el nuevo vigor que se observa en los institutos regulares de hombres. ¡Ayudemos en esto como en todo á la obra de la Providencia! Apoyemos á las monjas, defendámoslas, secundémoslas, no nos hagamos cómplices de la Revolucion con ridículas prevenciones! Establezcamos casas de monjas donde no estén y pueda lograrlo nuestra influencia; ayudémoslas donde las hayamos encontrado establecidas. Padres y madres: son ellas las mejores amigas de vuestras hijas, las mejores maestras de recato, de respeto y de laboriosidad. Hijas: son las mejores consejeras de vuestros padres y madres. Sacerdotes: son vuestras más firmes cooperadoras. Magistrados: son el mejor elemento de moralizacion social. Pobres: son ángeles de consuelo para cada una de vuestras miserias. Cristianos todos: son incensarios de oracion siempre humeantes para aplacar la cólera del cielo.



A. M. D. G.

OPÚSCULOS
DE PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.,

QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA,

calle del Pino, 5, bajos.

A una señora... y á muchas.— 30 cénts. de real.

Brevisima idea del Apostolado de la oracion.— 20 céntimos de real.

Cosas del día, ó Respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales.— 70 id.

Devoto Octavario al dulce Niño de Belen en el santísimo Sacramento.— 50 id.

El clero y el pueblo.— 80 id.

El dogma más consolador.— 50 id.

El voto de consagracion al sagrado Corazon de Jesús.— 24 id.

La chimenea y el campanario.— 70 id.

Las diversiones y la moral.— 1 real y medio.

La voz de la Cuaresma.— 40 cénts.— Distribuido en siete hojas sueltas, 4 rs. el ciento de cada hoja.

Los desheredados.— 30 cénts.

Los malos periódicos. — 30 id.
Manual del Apostolado de la prensa. — 80 id.
Octavario á Cristo resucitado. — 50 id.
¡ Pobres espiritistas ! — 60 id.
¿ Qué hay sobre el espiritismo ? — 70 id.
¿ Qué falta hacen los frailes ? — 60 cénts.
Ricos y pobres. — 50 id.
¿ Para qué sirven las monjas ? — 70 cénts.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

La Biblia y el pueblo: El pueblo y el sacerdote. — 24 cénts.
Ayunos y abstinencias: La Bula. — 24 id.
El matrimonio civil. — 34 id.
El Concilio: La Iglesia: La infalibilidad. — 36 id.
El purgatorio y los sufragios. — 30 id.
El culto de san José. — 20 id.
El culto de María. — 30 id.
El protestantismo, de dónde viene y á dónde va. — 80 id.
El culto é invocacion de los Santos. — 32 id.
Efectos canónicos del matrimonio civil. — 40 id.
Misterio de la Inmaculada Concepcion. — 24 id.
El púlpito y el confesonario. — 50 id.

Por cada diez ejemplares de las anteriores obritas se dan dos gratis.

Los pedidos deben hacerse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.

TRADUCCIONES DEL MISMO AUTOR.

El Niño Jesús, por Mons. Segur.— 60 cénts. en rústica y 2 rs. en percalina.

El miedo al Papa, por Mons. Gaume.—70 id.

Imitacion de Maria, por un monje premonstratense.— 60 id. en rústica y 2 rs. en percalina.

La Confesion y la Comunion, por Mons.—Segur. 90 id. en rústica. Edicion de lujo, 5 rs.

La Pasion, por id.—50 id.

La secta católico-liberal, por id.—1 real y medio.

Por cada diez ejemplares de las anteriores obritas se dan dos gratis.

BIBLIOTECA LIGERA

PARA USO DE TODO EL MUNDO,

POR EL MISMO AUTOR.

Se han publicado hasta ahora los libritos siguientes:

- I. ¿Hablemos de religion?
- II. ¿Quién se ocupa hoy de eso?
- III. ¿En qué quedamos: hay ó no hay Dios?
- IV. La razon de la sinrazon.
- V. ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?
- VI. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.
- VII. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?

VIII. Los amigos del pueblo.

IX. ¿Y si hay?

X. ¡A confesar!

XI. ¿Soy católico?

XII. Amigo leal.

XIII. Jesucristo y el Evangelio.

XIV. ¿Milagros? No soy tan bobo.

XV. No me hable V. del Papa.

XVI. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

PRECIOS: Un ejemplar, 2 cuartos; doce de un mismo número, 2 rs.; ciento de id., 46; quinientos, 75; mil, 140. No hay otro descuento.

HOJITAS RELIGIOSAS (1).

N.º 1. Recuerdos de Mayo.

N.º 2. Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado. (*Traducida*).

N.º 3. El Niño del portal.

N.º 4. Fruta del tiempo.

N.º 5. Deprecacion devota para alcanzar la santa paciencia en nuestras aflicciones. (*Traducida*).

N.º 6. Direccion de la vida cristiana.

N.º 7. Cosecha de Mayo.

N.º 8. Método para asistir á la santa Misa.

N.º 9. ¡Rogad por ellos!

N.º 10. ¡España por María!

Véndense á 6 rs. el ciento de cada número.

Los pedidos deben hacerse á D. Miguel Casals, calle del Pino, 5, bajos.

(1) Para los pedidos basta indicar el número de orden de cada hojita.